
La Gota de Agua y la Estrella

Rosario de Acuña

textos.info

biblioteca digital abierta

Texto núm. 4449

Título: La Gota de Agua y la Estrella

Autor: Rosario de Acuña

Etiquetas: Cuento

Editor: Edu Robsy

Fecha de creación: 28 de agosto de 2019

Fecha de modificación: 28 de agosto de 2019

Edita textos.info

Maison Carrée

c/ Ramal, 48

07730 Alayor - Menorca

Islas Baleares

España

Más textos disponibles en <http://www.textos.info>

La Gota de Agua y la Estrella

El crepúsculo de una tarde de junio envolvía entre vagas sombras la hermosa vega de Córdoba; anchos festones de rojizas atmósferas acariciaban con sus flotantes pliegues la joya más preciada de la corona de Abd-er-rahman, joya que entre la filigrana de su ojivas enseña a nuestra generación la mano bárbara de los profanadores del arte o de los envidiosos de nuestras riquezas...

Córdoba dormía agobiada por el sofocante calor de su clima, esperando los habitantes que la noche viniera con sus brisas para salir a recogerlas en huertas y paseos: hora tranquila y de silencio me convidaba a la reflexión, y apenas recostada en movible mecedora, me dejaba llevar por el pensamiento hacia los horizontes del recuerdo, fijando la mirada en la humilde fuente que esparcía suave murmullo por el reducido patio de mi casa: ocho columnas blancas ceñidas por enredadoras campanillas, dejaban en la sombra el ancho corredor que lo circuía donde las golondrinas gorjeaban, buscando con giros indecisos un sitio donde plegar sus alas: un pedazo de cielo (permítaseme la frase) rigurosamente cuadrado por la construcción de la casa me servía de dosel, mientras algunas amapolas, cuyas semillas acaso trajo el viento entre las grietas de los ladrillos, se inclinaban al tintan de mi butaca; la noche se acercaba, el cielo tomaba el diáfano azul de un infinito eterno, y yo vivía entre las sombras de un pasado querido. De pronto, y cual nuevo huésped de aquel recinto, un rayo de luna vino a lucir en mi frente como la inoportuna sonrisa de la infancia luce entre el grave aplomo de la vejez. No sé si enojada, pero de seguro sorprendida, alcé los ojos, y al encontrarse mi pupila viajera en el espacio, quiso hacer la primera estación en una estrella

que sola y brillante tachonaba como desengarzado zafiro en el aterciopelado azul del cielo... ¿Qué poder levantó en mi inteligencia (poco antes medio dormida) el furioso torbellino de ideas que voy a tratar de describir? No lo sé: tal vez al finalizar mi relación, logre adivinarlo.

Aquella estrella radiante cuyo foco buscaban mis pupilas sin que lograrse hallar más que los destellos; aquella chispa de una llama sin fuego y cuyo resplandor no bastaba a alumbrarme y sí a disipar las sombras en mi derredor, aquella ráfaga, que como arista de plata, ondulaba entre los mil dobleces de un cielo sin nubes, rompió los diques de una imaginación juvenil arrebatando mi espíritu hasta los límites de la enajenación, agrandando las dimensiones de aquel astro, busqué entre los rincones de la memoria, hasta las primeras páginas de mis estudios astronómicos y me lancé rica de observaciones en los abismos de lo infinitamente grande; impulsados por la atracción de aquel sol que ante mis ojos veía, cien mundos giraban en órbitas invisibles; cuantas formas levanta el delirio en una noche de insomnio, eran débiles reflejos de las infinitas formas que la vida tomaba en aquellos centros de fuerza universal. Un sistema planetario en la inmensidad de los espacios era poco ante el vuelo de mi inteligencia y con la vacilante luz de aquel sol me lancé entre la noche eterna de los tiempos formando múltiples constelaciones cuyos soles rojos, azules, blancos y amarillos llenaban de fantásticas auroras los planetas satélites de tan esplendentes soberanos. Detalles y conjunto, todo cruzaba en mi excitado cerebro con la fuerza impetuosa con que cruza el huracán en el desierto; cometas de vertiginosa carrera que tornaban en fuego las ondas del éter y cuyas gigantes órbitas aprisionan en su seno miles de mundos; y más allá, otros soles y otros cometas; y más allá, nebulosas llenando desiertos del espacio como aglomerados gérmenes, dispuestos a la formación de nuevos orbes; y más allá... el vacío de lo infinitamente grande, el vacío de la eternidad...

Mis ojos se cerraron, y en el confín de mi pensamiento se formó una atonía muy parecida a la muerte y casi hermana de la locura.

La luna brillaba iluminando vagamente las rojas amapolas que se mecían a mis pies; no sé si mis ojos la buscaron o ella buscó a mis ojos, pero lo cierto es que una gota de agua, sin duda fugitiva, del surtidor vino a fijar en mi retina el tenue destello que lanzaba al mecerse en el rojo pétalo de una amapola. Aquella gota de agua próxima a desprenderse del cáliz de una flor, fue para mi cerebro el aromático bálsamo que produce la reacción en los rígidos miembros del epiléptico.

-¡Cuán pronto conoció mi inteligencia que muchas veces son los remedios peores que la enfermedad! Fija mi vista en aquel átomo medio oculto entre una hoja, firme la voluntad en alejar mi espíritu del cielo, acudió, como siempre que tal desea, a los anales de la historia, y mis estudios (que en ninguna materia han sido nunca prácticos) respecto a física y química, fueron llamados como legión de vestigios ante mi observadora inteligencia; con ellos y con ella la gota de agua tomó unas dimensiones más que regulares; a ser cielo la amapola, transformó en sol a la gota de agua. Mundo lleno de miles de mundos, aquella líquida perla de la cercana fuente era un universo con sistemas, con organización y con seres; generaciones, vidas, cualidades, pasiones, ideas, sentimientos y almas se agitaban en las órbitas de antemano trazadas a sus múltiples destinos. Insensiblemente y por la suave pendiente que empezaba a bajar la gota de agua, me pareció gigante, demasiado grande a mi sutil pensamiento; busqué algo más pequeño donde satisfacer la ambición de mi espíritu; busqué la molécula por igual razón que antes buscaba la nebulosa en los abismos del cielo; la halle, y la molécula bajo la analítica de mi cerebro se tornó brevemente en un mundo inmenso donde había algo más pequeño, puesto que la molécula es un compuesto de átomos, y yo quería el simple de aquellos compuestos... Todo, todo el camino lo

anduve y con los ojos fijos, espantada de mí misma, sin aliento para mi vida, sin conciencia para mi espíritu, me encontré frente a frente con el vacío de lo infinitamente pequeño, con el vacío de la eternidad... es decir, con la nada.

* * *

–Niña, ya está la cena

–Denme una limosna, por amor de Dios

Tales fueron las palabras que me despertaron de mi letargo; las primeras las pronunciaba desde el corredor un criado; las segundas, una pobre desde la entornada cancela del patio. Entre la estrella y la gota de agua existía también un mundo, el mundo en que yo habitaba, mundo en el que unos comen y otros tienen hambre, mundo en el que son niños los que se olvidan de la Fe, de la Esperanza y de la Caridad.

Revista Contemporánea, Madrid, 1876, tomo III, abril-mayo.

Rosario de Acuña



Rosario de Acuña y Villanueva (Madrid, 1 de noviembre de 1850 - Gijón, 5 de mayo de 1923) fue una escritora, pensadora y periodista española. Considerada ya en su época como una de las más avanzadas vanguardistas en el proceso español de igualdad social de la mujer y el hombre —y los derechos de los más débiles en general. Nacida en una familia emparentada con la aristocracia, se mostró desde muy

pronto como una mujer íntegra, creativa e indomable. Su talante librepensador de ideología republicana y su corta pero valiente y provocadora producción teatral, la convirtieron en una figura polémica y en objetivo de las iras de los sectores más conservadores de la España de la segunda mitad del siglo XIX y primer cuarto del siglo XX.

La obra total de Rosario de Acuña, muy extensa, abarca en la práctica la mayor parte de géneros de creación escrita.□ Muy importante fue durante su vida el escandaloso éxito de su obra teatral, pero no es menor la calidad de buena parte de su producción.